

Romy
Hausmann

MI DULCE NIÑA

Traducción de Laura Manero Jiménez

Título original: *Liebes Kind*

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary
Agent – www.uklitag.com

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2019 by DTV VERLAGSGESELLSCHAFT

GMBH & CO. KG, München

© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-807-6

Depósito legal: M. 4.285-2020

Printed in Spain

Para Caterina, por supuesto

«Nada es más triste que la muerte de una ilusión».

ARTHUR KOESTLER

Estudiante (23) desaparecida en Múnich

Múnich. La policía busca pistas sobre el paradero de Lena Beck (23), de Múnich-Haidhausen. Según declaraciones de testigos, la universitaria asistió a una fiesta en el barrio de Maxvorstadt aproximadamente hasta las cinco de la madrugada la noche del miércoles al jueves. De regreso a casa habló por teléfono con una amiga. Desde en-

tonces, su móvil está apagado. El viernes, la búsqueda policial en el término municipal de Múnich resultó infructífera. Lena Beck mide 1,65 m de estatura, es delgada, tiene el pelo rubio y largo hasta los hombros. La última vez que fue vista llevaba un top plateado, vaqueros negros, botas negras y un abrigo azul oscuro.

El primer día pierdo la noción del tiempo, la dignidad y una muela. A cambio, ahora tengo dos hijos y una gata. No recuerdo cómo se llaman, salvo la gata, la Señorita Tinky. También tengo un marido. Es alto, con el pelo corto y oscuro, ojos grises. Lo miro de soslayo mientras estoy sentada a su lado en el sofá raído. Atrapada en su abrazo, siento latir las heridas que me bajan desde la parte alta de la espalda. Es como si cada una de ellas tuviera su propio pulso. El corte de la frente me escuece. De vez en cuando lo veo todo negro, o aparecen relámpagos blancos ante mis ojos. Entonces intento solamente respirar.

Es difícil saber si de verdad ha anochecido o si él lo ha decidido así. Las ventanas están tapadas con placas aislantes. Él gobierna el día y la noche. Igual que Dios. Intento convencerme de que ya ha pasado lo peor, pero sospecho que pronto nos iremos juntos a la cama. Los niños ya se han puesto el pijama. Al niño le queda algo pequeño, mientras que a la niña las mangas todavía le cuelgan mucho más allá de las muñecas. Los dos están arrodillados a unos pasos del sofá, en el suelo, y alargan las manos con las palmas extendidas hacia el calor residual de la estufa de leña. El fuego se ha consumido hasta convertirse en un montón negro en el que solo destacan algunas venas rojas y candentes entre las brasas. Las claras voceillas infantiles y su alegre palabrería se entremezclan en la absoluta perversidad de la situación. No acabo de entender lo que di-

cen. Los oigo como a través de algodones mientras pienso en cómo mataré a su padre.

La noche del accidente

Hannah

Al principio es fácil. Endezco la espalda y respiro hondo. Me subo a la ambulancia y me llevan. Les digo a los hombres de las chaquetas color naranja cómo se llama mamá y que su grupo sanguíneo es AB negativo. AB negativo es el grupo menos frecuente y se caracteriza por no contener anticuerpos contra los grupos A y B. Eso quiere decir que mamá puede recibir sangre de todos los demás grupos sanguíneos. Lo sé porque en las horas de estudio ya hemos aprendido lo de los grupos sanguíneos. Y porque está en el libro gordo. Creo que lo he hecho todo bien. Solo empieza a temblarme la rodilla, la derecha, cuando sin querer me pongo a pensar en mi hermano. Seguro que Jonathan tendrá miedo sin mí.

«Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

No, hoy soy pequeña y tonta. Hace frío, hay demasiada claridad, se oyen pitidos. Pregunto de dónde vienen y uno de los hombres de las chaquetas naranja dice:

—Eso es el corazón de tu madre.

Pues el corazón de mi madre nunca había pitado antes.

«Concéntrate, Hannah.»

En el trayecto hay muchos baches, cierro los ojos. El corazón de mi madre emite pitidos.

Ha gritado y se ha oído un estrépito. Si ahora el corazón de mi madre dejara de pitar, eso sería lo último que habría oído de ella: un grito y un estrépito. Y ni siquiera me habría dado las buenas noches.

La ambulancia da un pequeño saltito y luego se para.

—Ya hemos llegado —informa el hombre. Al hospital, quiere decir.

Un hospital es un edificio en el que se tratan enfermedades o heridas mediante cuidados médicos.

—Venga, vamos, bonita —dice ahora.

Mis piernas se ponen en marcha como si fueran automáticas, y tan deprisa que ni siquiera me acuerdo de contar los pasos. Sigo a los hombres que empujan la camilla traqueteante y entran por una gran puerta de cristal que hay bajo un cartel iluminado y chillón donde se lee URGENCIAS. Luego continúan por un pasillo largo. Como si estuvieran sincronizados, varios auxiliares aparecen a derecha e izquierda y muchas voces exaltadas hablan a la vez.

—Tú no puedes entrar aquí —dice un hombre gordo con bata verde, y me aparta un poco hacia un lado cuando llegamos a otra puerta grande que hay al final del pasillo largo—. Enviaremos a alguien para que se ocupe de ti. —Su dedo índice vuela en dirección a una hilera de sillas que hay junto a la pared—. Siéntate ahí de momento.

Quiero decir algo, pero no me salen las palabras, y de todos modos el hombre ya ha dado media vuelta y ha desaparecido por la puerta con los demás auxiliares. Cuento las sillas de la pared: siete. No me ha dicho en cuál de ellas debo sentarme, ese gordo de la bata verde. Sin darme cuenta he empezado a morderme la uña del pulgar. «Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

Me siento en la silla del medio con las rodillas encogidas y arranco agujas de abeto y trocitos de corteza marrón de la falda de mi vestido. Me he ensuciado bastante esta noche. Vuelvo a pensar en Jonathan. El pobre pequeño Jonathan, que se ha quedado en casa y

tiene que limpiar. Me imagino que llorará porque no sabrá cómo quitar esas manchas de la alfombra del salón. Estoy segura de que tenemos el producto adecuado en el almacén, solo que papá ha cerrado la puerta con dos candados. Una medida de seguridad, como muchas otras que debemos tener. Siempre hay que ser precavido.

—¿Hola? —pregunta una voz de mujer.

Doy un respingo en mi silla.

—Soy la enfermera Ruth —dice la mujer sonriendo, y me da la mano para presentarse.

Le digo que yo me llamo Hannah y que Hannah es un palíndromo. Un palíndromo es una palabra que se lee igual del derecho y del revés. Para demostrarlo, le deletreo mi nombre, primero desde el principio y luego desde el final. La enfermera Ruth sigue sonriendo.

—Ya entiendo —dice.

Es mayor que mamá, tiene canas y está un poco regordeta. Encima de la bata amarillo claro lleva una chaqueta de punto de muchos colores que parece bastante calentita y en la que se ha puesto un alfiler con la cara de un oso panda. «Be happy», se lee en él. Eso en inglés quiere decir «Sé feliz». Me tiemblan las comisuras de los labios.

—Pero si no llevas zapatos, cielo —comenta la enfermera Ruth, y yo meneo el dedo gordo del pie izquierdo a través del agujero de los leotardos.

Mamá ya los remendó, en uno de sus días buenos. Seguro que me reñiría si supiera que he vuelto a romperlos.

La enfermera Ruth saca un pañuelo del bolsillo de la bata porque cree que estoy llorando. Por el agujero de los leotardos o por mamá. Yo no le digo que en realidad solo es porque la luz de esas lámparas de tubo del techo es tan fuerte que me ciega, sino:

—Gracias, es usted muy amable.

Siempre hay que ser educada. Siempre hay que pedir las cosas por favor y decir gracias. Mi hermano y yo siempre decimos gracias cuando mamá nos da una barrita energética, aunque odiamos

esas barritas. No nos gusta el sabor que tienen, pero son importantes por las vitaminas. Calcio y potasio y magnesio y vitamina B para el metabolismo y la producción de sangre. Todos los días nos comemos tres, a menos que se nos hayan acabado las provisiones. Entonces deseamos que papá llegue pronto a casa y que de camino haya hecho la compra.

Acepto el pañuelo, me seco los ojos y me sueno la nariz haciendo mucho ruido, luego se lo devuelvo a la enfermera Ruth. Nunca hay que quedarse con algo que no es tuyo. Eso es robar. La enfermera ríe y se guarda el pañuelo otra vez en la bata. También le pregunto por mamá, claro, pero la enfermera Ruth solo dice:

—Está en las mejores manos.

Sé que en realidad eso no es ninguna respuesta, porque no soy tonta.

—¿Cuándo podré verla? —pregunto, pero tampoco me contesta.

En lugar de eso, la enfermera Ruth dice que quiere llevarme a la sala de descanso para ver si allí hay un par de chancletas que pueda ponerme. Las chancletas son algo así como zapatillas. Jonathan y yo solemos ponernos zapatillas cuando estamos en casa porque al suelo le cuesta mucho calentarse, pero a veces se nos olvida y nos manchamos los calcetines. Entonces mamá nos riñe porque todavía no es el día de la colada, y papá riñe a mamá porque no ha limpiado bien el suelo. La limpieza es importante.

La sala de descanso es una habitación grande, tiene por lo menos cincuenta pasos desde la puerta hasta el lado contrario. En el centro hay tres mesas, cada una con cuatro sillas a su alrededor. Tres por cuatro son doce. Una de las sillas está descolocada. Seguramente alguien se ha sentado en ella y luego no la ha devuelto a su sitio al marcharse. Espero que le haya caído una bronca. El orden es fundamental. La pared izquierda de la sala está ocupada por un armario metálico con muchos compartimentos individuales que se pueden cerrar con llave, aunque casi todos tienen la llave puesta, y hay una

cama alta, también de metal. Al fondo se abren dos ventanas grandes por las que se puede ver la noche. Negra y sin estrellas. A la derecha hay una unidad de cocina. Tiene hasta un hervidor de agua sobre la encimera. Y eso que el agua caliente puede ser muy peligrosa. A partir de una temperatura de 45 grados, abrasa la piel. A partir de 60 grados, la proteína de las células epiteliales se degrada, de modo que necrosan. En el hervidor, el agua se calienta hasta cien grados. En casa también tenemos uno, pero lo guardamos bajo llave.

—Siéntate donde quieras —dice la enfermera Ruth.

Tres por cuatro son doce. Doce sillas, tengo que pensarlo bien. La negrura sin estrellas tras el cristal de las ventanas me distrae.

«Concéntrate, Hannah.»

La enfermera Ruth va al armario y abre un compartimento tras otro, luego los vuelve a cerrar. Un par de veces suelta un «Hmmm» largo, y entremedias se oye el golpe metálico de las portezuelas. La enfermera Ruth mira hacia mí por encima del hombro.

—Sí, donde quieras, cielo —vuelve a decir.

Al principio pienso que tal vez debería escoger la silla que ya está descolocada, pero eso no estaría bien. Cada uno debe ordenar lo que toca. Hacerse responsable. «Eres una niña mayor, Hannah.» Asiento con la cabeza hacia el vacío y cuento por dentro: pito, pito, gorgorito... Le toca a una silla desde la que puedo ver bien la puerta y que después, por supuesto, volveré a dejar bien colocada bajo la mesa cuando la enfermera Ruth diga que se ha acabado el rato de estar sentada.

—Bueno —dice sonriendo cuando se vuelve hacia mí con un par de chancletas de goma de color rosa en la mano—. La verdad es que te irán un poco grandes, pero son mejor que nada.

Las deja delante de mis pies y espera a que me las ponga.

—Escucha, Hannah —añade entonces, y al mismo tiempo se quita la chaqueta de punto—. Tu mamá no llevaba bolso cuando habéis tenido el accidente. Eso quiere decir que no hemos encontrado su documento de identidad ni ningún otro papel. —Me agarra del bra-

zo, lo sostiene estirado y mete mi mano por el agujero de la manga de su chaqueta—. No tenemos ni su nombre ni una dirección. Y, por desgracia, tampoco ningún contacto al que avisar en caso de emergencia.

—Se llama Lena —digo para ayudar, igual que antes, en la ambulancia.

Siempre hay que estar dispuesto a ayudar. Mi hermano y yo ayudamos a mamá cada vez que le tiemblan los dedos. O cuando vuelve a olvidarse de cosas, como de nuestros nombres o de a qué hora toca ir al lavabo. La acompañamos al cuarto de baño para que no se caiga del retrete ni haga otras tonterías.

La enfermera Ruth ya está con la segunda manga. La chaqueta conserva un calor agradable que se extiende por mi espalda.

—Sí —dice—. Lena, estupendo. Una Lena sin apellido. Eso ha apuntado también el auxiliar médico de la ambulancia.

Cuando suspira, puedo olerle el aliento. Huele a pasta de dientes. Arrastra mi silla, que rechina sobre el suelo, hasta que me tiene sentada de tal manera que puede acuclillarse delante de mí sin darse un golpe en la cabeza con el canto de la mesa. El canto de una mesa puede ser muy peligroso. Mamá a menudo se da golpes en la cabeza con la mesa, cada vez que tiene un ataque.

La enfermera Ruth empieza a abotonarme la chaqueta. Con el índice imito sobre mi muslo la línea en zigzag que le hace la raya del pelo. Punta a la derecha, recto, punta a la izquierda, recto, punta a la izquierda otra vez, igual que un rayo torcido. Como si hubiese sentido mi mirada sobre el cráneo, de pronto la enfermera Ruth levanta los ojos.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar, Hannah? ¿A tu papá, tal vez? ¿Te sabes el número de memoria?

Digo que no con la cabeza.

—Pero ¿tienes papá?

Digo que sí.

—¿Y vive también con vosotras? ¿Con tu mamá y contigo?

Vuelvo a asentir.

—¿No quieres que lo llamemos? Tendrá que saber que tu mamá y tú habéis tenido un accidente y que estáis en el hospital. Seguro que estará preocupado porque no habéis vuelto a casa.

Punta a la derecha, recto, punta a la izquierda, recto, punta a la izquierda otra vez, igual que un rayo torcido.

—Dime, Hannah, ¿ya habías estado alguna vez en un hospital? ¿O tu mamá? ¿Puede que incluso en este mismo? Así, podríamos buscar el número de teléfono en nuestro ordenador superlisto.

Niego con la cabeza.

—En caso de emergencia, las heridas abiertas también pueden esterilizarse con orina. Tiene un efecto desinfectante, cicatrizante y calmante, fin.

La enfermera Ruth me toma de las manos.

—Muy bien. ¿Sabes qué, Hannah? Voy a preparar una infusión y luego charlaremos un poco tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿Sobre qué charlaremos?

Hannah

Tengo que hablarle de mi mamá, ajá, solo que al principio no se me ocurre nada que decir. No hago más que pensar en ese gran estrépito de cuando el coche la ha pillado, y cómo en un abrir y cerrar de ojos estaba ahí tirada, ante la luz de los faros, sobre el suelo duro y frío, con los brazos y las piernas todos torcidos. Tenía la piel demasiado blanca, y la sangre que le salía de un montón de cortecitos de la cara era demasiado roja. Rojo carmín. Un faro se ha roto con el impacto y mamá tenía la cara llena de esquirlas de cristal. Me he sentado en el borde de la carretera con los ojos cerrados y solo los he abierto un poquito de vez en cuando, hasta que han aparecido los destellos azules de la ambulancia en la oscuridad.

Pero, en realidad, a la enfermera Ruth no tengo que contarle todo eso. Hace rato que sabe que mi mamá ha tenido un accidente.

Si no, no estaría aquí. La enfermera Ruth no me quita los ojos de encima. Me encojo de hombros y, al soplar, formo una hondonada temblorosa en la infusión. Es de escaramujo, ha dicho la enfermera Ruth, y también que la infusión de escaramujo era la preferida de su hija cuando era pequeña.

—Y siempre con una buena cucharada de miel. Era una auténtica golosona.

«Golosona.» No creo que esa palabra exista de verdad, pero me gusta.

—Mi hija se llama Nina —dice la enfermera Ruth—. Como Nina Simone, una cantante de jazz muy famosa. *My baby don't care for shows...* —empieza a cantar, no demasiado bien—. *My baby don't care for clothes. My baby just cares for me...* ¿La has oído alguna vez?

Digo que no con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. —Ríe—. Me parece que a tu edad todavía no se escucha esa música. O a lo mejor es que yo canto muy mal. Bueno, el caso es que cuando mi Nina era tan pequeña como tú, casi todos los días íbamos al parque infantil, si el tiempo lo permitía. Y si no, nos quedábamos en casa haciendo puzzles o preparando galletas. Ay, madre mía, lo que más le gustaba era comerse la masa directamente del cuenco, y casi siempre se zampaba tanta que luego nos quedaba lo justo para llenar media bandeja de galletas nada más.

La enfermera Ruth sigue riendo. Creo que quiere mucho a su hija.

—Nosotros también hacemos puzzles —digo—, pero galletas no. Es que a veces mi mamá es una negada, y por eso es mejor que no se acerque a los fogones. —Enseguida me tapo la boca con la mano, sobresaltada. No debería llamar negada a mamá.

—¿Hannah?

Siempre hay que mostrar respeto hacia tus mayores.

—Me parece que es muy urgente que hablemos con tu padre —dice la enfermera Ruth—. Piensa a ver, puede que al final recuerdes el número de teléfono de tu casa.

—No tenemos teléfono.

—Bueno, entonces por lo menos la dirección. ¿El nombre de la calle donde vivís? Así podríamos enviar a alguien para que vaya a buscar a tu padre.

Sacudo la cabeza muy despacio. La enfermera Ruth no se entera.

—Es que no tienen que encontrarnos —susurro.

Lena

El aire justo después de que haya llovido. El primer trozo y el último de una tableta de chocolate, que siempre son los mejores. El olor de las fresas. El álbum Low de David Bowie. Salchicha al curry después de una noche larga. Una noche larga. El zumbido de un abejorro gordo. Todo lo que hace el sol, ya sea salir o ponerse, o simplemente brillar. Un cielo azul. Un cielo gris. Un cielo negro. Cualquier cielo. La forma en que mi madre pone los ojos en blanco cuando viene a verme sin avisar y los platos no están fregados. El viejo columpio de Hollywood del jardín de mis abuelos y cómo chirría, que suena como si cantara una canción estrambótica cuando te columpias en él hacia atrás y hacia delante. Esos ridículos pesos para manteles que parecen fresas y limones. El viento del verano, en la cara y en el pelo. El mar, su rumor. La arena blanca y fina entre los dedos de los pies...

—Te quiero —gime él, y separa su cuerpo pegajoso del mío.

—Yo también te quiero —digo en voz baja, y me hago un ovillo, como un corzo agonizante.

—... serie de fracturas costales izquierdas con implicación de las costillas segunda a cuarta. Hematoma subperióstico...

Hannah

—¿Quieres decir que no vas a contarme dónde vivís? —La enfermera Ruth sonrío, pero no es una sonrisa de verdad, más bien media, solo con un lado de los labios, el derecho—. A mi hija también le gustaban mucho esos juegucitos cuando era pequeña.

—Nina —digo, para que la enfermera Ruth se dé cuenta de que he prestado atención. Siempre hay que prestar mucha atención—. La golosona.

—Eso es, la golosona —confirma. Aparta la taza de la infusión y se inclina un poco más sobre la mesa—. Y esos juegos son divertidos, claro. Pero, verás, Hannah, por desgracia a veces no es buen momento para jugar. Porque hay cosas que son graves. Cuando una persona ha tenido un accidente y la traen al hospital, tenemos que avisar a su familia. Es nuestro deber.

Intento no parpadear ahora que me mira de esa forma tan especial. Quiero que parpadee ella antes. Así habrá perdido.

—A veces, cuando alguien está muy malherido, como tu mamá, hay que tomar decisiones importantes.

El que parpadea antes pierde, así es el juego.

—Decisiones que la persona herida no puede tomar por sí misma en ese momento. ¿Lo entiendes, Hannah?

La enfermera Ruth ha perdido.

—En fin... —suspira.

Me tapo la boca con la mano y me tiro del labio inferior para que no se dé cuenta de que estoy sonriendo. No hay que reírse de la gente, ni siquiera cuando han perdido en el duelo de no parpadear.

—Había pensado que podríamos hablar un poco, antes de que llegue la policía.

La policía es un órgano ejecutivo del Estado. Su cometido es investigar actos punibles o ilegales, y a veces actúa para quitarles los hijos a sus padres. O los padres a sus hijos.

—¿Va a venir la policía?

—Es lo normal. De alguna forma hay que descubrir cómo se produjo el accidente en el que ha resultado herida tu madre. ¿Sabes lo que significa la expresión «conductor a la fuga», Hannah?

—La expresión «conductor a la fuga» describe el alejamiento indebido de un usuario de la vía pública donde ha tenido lugar un accidente de tráfico provocado por él, fin.

La enfermera Ruth asiente.

—Es un delito que la policía debe investigar.

—Entonces, ¿le caerá una bronca al hombre que ha estado allí?

La enfermera Ruth entorna los ojos.

—O sea que era un hombre el que conducía el coche. ¿Por qué lo preguntas, Hannah?

—Porque era simpático. Se ha ocupado de nosotras y ha llamado a la ambulancia. Ha dicho que todo iría bien y me ha dejado una chaqueta, porque mientras esperábamos me ha entrado frío. La verdad es que no se ha marchado hasta poco antes de que llegara la ambulancia. Creo que se ha asustado tanto como mamá y yo.

Ya no quiero mirar más a la enfermera Ruth.

—Y de todas formas lo del accidente no ha sido culpa suya —digo con mi voz de ratoncillo.

Papá se inventó la voz de ratoncillo para los días malos de mamá, porque pensaba que la molestaríamos si hablábamos demasiado alto. «Mamá necesita estar tranquila —decía entonces—. Mamá no se encuentra muy bien hoy.»

—¿Qué quieres decir con eso, Hannah? —La enfermera Ruth también parece conocer la voz de ratoncillo, porque habla igual—. ¿De quién ha sido la culpa?

Tengo que pensar bien cómo decirlo.

«Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

—Mi mamá ha hecho cosas tontas sin querer.

La enfermera Ruth parece sorprendida. Sorprenderse es cuando oyes o experimentas algo inesperado. Puede ser algo bonito, como un regalo que te dan aunque no sea tu cumpleaños. Mi gata, la Se-

ñorita Tinky, fue una sorpresa así. Cuando papá llegó a casa ese día y dijo que me había traído algo, pensé que sería un libro nuevo o un juego de mesa al que podría jugar con Jonathan. Pero entonces me enseñó a la Señorita Tinky, que desde entonces es mía y de nadie más, para siempre.

Sin embargo, una sorpresa también puede ser algo malo. Mamá, que sale corriendo de casa en plena noche; eso es muy malo. Prefiero pensar enseguida en algo bonito. En la Señorita Tinky y su pelaje atigrado, rojizo y suave, que siempre está tan calentito cuando nos sentamos juntas en el suelo, delante de la estufa de leña, ella en mi regazo, mis manos acariciando su pelaje, mi nariz fría hundida en su cuello cálido, sus preciosas patitas.

—¿Hannah?

No quiero. Prefiero seguir pensando en la Señorita Tinky.

—¿Tienes problemas en casa, Hannah?

A mamá no le hace mucha gracia la Señorita Tinky. Incluso le dio una patada una vez.

—¿Puede ser que tengas problemas con tu mamá?

Y sí que es una negada, da igual lo que diga papá. Si él no la ayuda, ni siquiera es capaz de encender la estufa.

—¿Hannah?

Una vez, incluso estuvimos más de una semana entera sin calefacción en casa y nos helamos tanto de frío que ya solo sentíamos cansancio. Pero al fin y al cabo es mi mamá, y cuando pienso en ella sé que la quiero. El amor es muy parecido a la suerte. Un sentimiento cálido y que te hace reír porque sí, aunque nadie haya contado ningún chiste. Igual que ríe la enfermera Ruth cuando habla de Nina. La golosona.

—¡Cielo, cuéntamelo, por favor!

—¡No quiero que venga la policía y se lleve a mi mamá! —Eso ha sido con mi voz de león.

Hannah

A veces mi hermano y yo jugamos a un juego. Se llama «¿Qué se siente con...?». Hace mucho que lo conocemos. No me acuerdo del todo, pero creo que jugamos desde la primera vez que mamá nos habló de la suerte.

—La suerte es una coincidencia especialmente propicia, un giro favorable del destino, fin —leí en voz alta del libro gordo que siempre lo sabe todo.

Al principio Jonathan asintió, como cada vez que leo el párrafo correspondiente, pero luego entornó los ojos y preguntó qué significaba eso en realidad. Primero le dije que era un idiota y que seguro que no había prestado atención. Siempre hay que prestar mucha atención. No escuchar es de mala educación. Aun así, volví a leerle las líneas otra vez, porque al fin y al cabo Jonathan es mi hermano, y da igual que sea idiota o no.

—La suerte es una coincidencia especialmente propicia, un giro favorable del destino. —Y luego dije «Fin» muy despacio y muy claro, para que supiera que el párrafo había terminado ya.

Sin embargo, Jonathan seguía con los ojos entornados.

—Idiota tú —replicó—, ya lo había entendido. Me refería a qué se siente, en el cuerpo, quiero decir.

—¿Qué se siente con la suerte? —le preguntamos entonces a mamá.

Ella nos estrechó a los dos entre sus brazos y dijo:

—Esto.

—Calor —constató Jonathan, y pensó que a mamá le había subido un poco la temperatura corporal.

Yo apreté la nariz en el hoyo que hay entre el cuello y el hombro. Olía a prados. La suerte es cálida, casi como unas décimas de fiebre, tiene olor y un latido que avanza como el segundero del reloj de la cocina.

Jonathan y yo también hablamos sobre qué se siente con un susto.

—Un susto es como una bofetada —propuso él.

—Que llega por sorpresa —añadí yo.

Teníamos razón. Justo así es un susto. Y justo así puede identificarse en la cara de alguien: los ojos muy abiertos por la sorpresa y las mejillas enrojadas de repente, como si una mano invisible y firme las hubiera abofeteado.

Así es como está ahora la enfermera Ruth. Le he gritado con mi voz de león. «¡No quiero que venga la policía y se lleve a mi mamá!», he gritado.

—Hannah.

La voz de la enfermera Ruth se ha vuelto un poco chillona. Seguro que del susto. Tengo que explicárselo a Jonathan, pienso en primer lugar, tenemos que apuntárnoslo: susto = bofetada + sorpresa + voz chillona. En segundo lugar vuelvo a recordar que ahora mismo está deslomándose con la alfombra, y en tercero, que la enfermera Ruth ha dicho que va a venir la policía. Entonces me pongo triste y lloro.

La tristeza no es un sentimiento bonito. Me la imagino como un animalillo con muchos dientecitos puntiagudos que todos escondemos dentro de nuestro cuerpo. La mayor parte del tiempo está dormido, pero en ocasiones despierta y tiene hambre. Se puede notar incluso cómo empieza a roerte el corazón. No hace un daño espantoso, o no tan espantoso para tener que gritar, pero sí te quedas un poco débil y con ganas de descansar. Seguramente la enfermera Ruth se ha dado cuenta de que ahora mismo estoy algo débil, y por eso se olvida de su susto. Su silla rechina en el suelo cuando se levanta, luego rodea la mesa y me aprieta la cabeza contra su pecho grande y blando.

—Sé que todo esto es demasiado para una niña tan pequeña, pero no debes tener ningún miedo, Hannah. Nadie quiere haceros nada malo, ni a tu madre ni a ti. A veces sucede que una familia necesita ayuda y ellos mismos no lo ven.

Su mano cálida está ahuecada sobre mi oreja, oigo el rumor del mar y cierro los ojos.

—Dicen que hay que acercarse una concha al oído para oír el mar —nos contó mamá hace mucho tiempo—, pero en realidad funciona también con otros objetos huecos si te los pones en la oreja. Con una lata de conservas o con la mano y ya está.

—¿Y cómo entra el mar ahí? —quise saber.

—Bueno, siendo exactos, en realidad lo que oyes es el rumor de tu propia sangre. Pero es mucho más bonito imaginarse que es el mar, ¿a que sí?

Asentí con la cabeza y pregunté qué era una lata de conservas. Yo todavía era muy pequeña y no sabía que una lata de conservas puede ser muy peligrosa. Que está hecha de metal y que la tapa redonda, cuando se corta con un abrelatas, es tan afilada que te puedes hacer mucho daño, a ti mismo o a los demás.

La enfermera Ruth aparta la mano de mi oreja y el mar desaparece.

—¿Puede ser, crees tú, que en casa necesitéis ayuda, Hannah? —Se acuclilla junto a mi silla y me sostiene las manos, que están en mi regazo.

—No —contesto—. Sabemos cómo funciona todo, en realidad. Tenemos nuestras reglas. Solo que a veces a mamá se le olvidan, pero por suerte estamos nosotros, que se las recordamos.

—Aun así, ¿hace tonterías? Eso es lo que has dicho antes, ¿no? Que a veces hace cosas tontas sin querer.

Me inclino hacia delante y formo un embudo de secretos con las manos. Eso del embudo de secretos nos lo hemos inventado Jonathan y yo, pero no debemos utilizarlo cuando papá está en casa. La enfermera Ruth vuelve la cabeza para que pueda ponerle el embudo en la oreja.

—Iba a matar a nuestro papá sin querer —susurro.

La cabeza de la enfermera Ruth gira al instante. Susto, se lo noto enseguida. Sacudo la cabeza, le sostengo la cara y se la vuelvo a poner otra vez en la posición buena para el embudo de secretos.

—No tiene por qué contárselo a la policía. Jonathan ya se está ocupando de las manchas de la alfombra.

Lena

Que quiere tres, dice mientras pela una cebolla. Retira con toda tranquilidad la capa exterior, que suena como cuando te arrancas un esparadrapo de la piel. Ese sonido me duele. Estoy justo a su lado, en la cocina, y me quedo mirando fijamente el cuchillo que tiene en la mano. Un cuchillo de tallar; de cuchilla fina y sierra pequeña, lo bastante afilado.

—¿Me oyes, Lena?

—Claro —responde la mujer a la que empiezo a odiar con todo mi ser. Él lo consigue todo de ella, alarga la mano con audacia y se sirve a voluntad. De su cuerpo, de su orgullo, de su dignidad. Y aun así, ella le sonrío a la cara. Esa mujer me pone enferma—. *Quieres tres.*

—Desde siempre. ¿Y tú?

La mujer siempre ha querido tres también. Yo nunca he querido ninguno, pero mi opinión no cuenta. Algunos días desearía poder acostumbrarme a esto. Otros, sé que eso no debe ocurrir jamás. Saco mis últimas reservas, añicos minúsculos de una voluntad quebrada, recuerdos y motivos, y los guardo en un lugar seguro. Como una ardilla que entierra provisiones para el invierno. Solo puedo esperar que nadie, ni él ni la mujer débil, descubran mi escondite. Ese lugar secreto en el que hay cielo y pesos para mantel horteras.

—¿Quieres una copa de vino?

Deja junto a la tabla de madera el cuchillo con el que acaba de cortar la cebolla en cuartos y se vuelve hacia mí. El cuchillo, y cómo queda ahí. A medio brazo, a mi alcance. Tengo que obligarme a apartar los ojos. A mirarlo de nuevo a él a la cara con la sonrisa boba de la mujer débil en los labios.

—Sí, por favor.

—Maravilloso. —Sonrío también, luego da un paso hacia la mesa del comedor, en la que todavía están por recoger las dos bolsas de papel marrón con la compra—. ¿Tinto o blanco? Al final he traído de los dos porque no sabía qué preferirías con los espaguetis.

Cómo está ahí de pie, ligeramente inclinado sobre las bolsas, medio dándome la espalda, la mano derecha metida ya en una de ellas. Y el cuchillo junto a la tabla de madera, a medio brazo nada más, solo tendría que alcanzarlo. «¡Ahora!», gritan las voces.

—¿Lena?

La bolsa de papel cruje cuando saca la primera botella. «¡Ahora!»

—Prefiero el tinto, si puedo elegir.

—Sí, yo también lo prefiero.

Contento y con la botella en la mano, se vuelve. La mujer débil se apoya en la encimera. Un dedo se le va miserablemente hacia el cuchillo. Entre ambos solo hay unos centímetros y, aun así, una imposibilidad. Él cocina para mí. Cenamos juntos y brindamos con vino tinto por que pronto me quede embarazada. Quiere tres niños. Seremos una familia muy feliz.

—¡Fibrilación auricular!

Hannah

La enfermera Ruth ha salido de la sala tan deprisa que incluso se ha tropezado un poco. Ha dicho que me quede bien sentadita y la espere, así que no me muevo. Siempre hay que hacer lo que dicen los adultos, aunque seas muy lista, como yo. Tengo ganas de medir la sala, pero debo quedarme aquí sentada, o sea que empiezo a contar. Me gusta contar cuando no debo moverme y no se me ocurre nada más sobre lo que pensar. Así el tiempo pasa más deprisa. Mi hermano siempre tararea una canción cuando se aburre, pero eso sí que es aburrido, creo yo, porque siempre escoge la misma canción. Lo divertido de contar es que nunca sabes hasta qué número llegarás antes de que se acabe el tiempo.

Cuando regresa la enfermera Ruth ya he contado hasta 1128 y casi se me olvida levantarme. Siempre hay que levantarse cuando se

abre la puerta, y enseñar las manos. Las uñas tienen que estar limpias y no hay que esconder nada con lo que puedas hacer daño, a ti mismo o a los demás. La enfermera Ruth, sin embargo, no se ha fijado en eso, solo ha dicho que me siente otra vez. Ha traído un cuaderno de dibujo y lápices de colores.

—He tenido una buena idea, Hannah —anuncia.

Que dibuje algo. Ajá. No estoy muy segura de que la idea sea tan buena. Los lápices son de colores bonitos, eso sí. Rojo y amarillo y azul y negro y lila y naranja y rosa y marrón y verde. Pero las minas están muy afiladas. Cojo el lápiz rojo y paso el dedo con cuidado por la mina; sí, tiene muchísima punta. En casa también dibujamos, pero con ceras. Y escribimos con ceras también.

—¿Por qué tengo que dibujar algo?

La enfermera se encoge de hombros.

—Bueno, para empezar, así nos entretendremos hasta que puedas ir a ver a tu madre, y además podremos decir que estamos muy ocupadas cuando venga la policía y quiera hacerte preguntas bobas. ¿Qué te parece?

—¿Y qué tengo que dibujar?

La enfermera Ruth vuelve a hacer un gesto de indiferencia.

—Hmmm... Podrías dibujar simplemente lo que te ha ocurrido hoy antes de que tu mamá llegara aquí.

Sin darme cuenta, he empezado a morder el final del lápiz. Se han soltado astillas de madera diminutas que se me pegan en la lengua. Me lamo el dorso de la mano para quitármelas.

—No —digo entonces—. Se me ocurre algo mejor. Le haré un dibujo a mi mamá. Así luego podré regalárselo.

—Vale, muy bien. ¿Y ya tienes alguna idea de lo que quieres dibujarle?

—Sí, creo que sí —digo, pensativa—. Algo que sé que la pondrá contenta.

La enfermera Ruth tiene mucha curiosidad. Eso me dice, y se le nota. Tiene los ojos muy abiertos y ha levantado las cejas tan alto

que le han salido arrugas en la frente. Dejo el lápiz rojo y cojo el azul. Empiezo, con cuidado. Las minas afiladas pueden ser muy peligrosas. Primero dibujo la cara de mi mamá. La enfermera Ruth pregunta por qué es azul. Yo chasqueo la lengua con un gesto de exasperación. A veces la enfermera Ruth también es un poco idiota, igual que mi hermano.

—Porque no tengo lápiz blanco, ¿no? Y porque de todas formas el lápiz blanco no se vería en el papel blanco —explico.

Después dibujo el cuerpo de mamá, que lleva un vestido largo y bonito, también en azul, aunque en realidad debería ser blanco. Luego su precioso pelo largo en amarillo, y al final los árboles negros con unas ramas que son como retorcidos dedos de monstruos que intentan atrapar a mamá.

—Eso parece peligroso, Hannah —comenta la enfermera Ruth—. Cuéntame algo sobre el dibujo.

—Bueno, es la historia de mi mamá y mi papá y de cómo se enamoraron. Mi mamá estaba paseando por el bosque muy tarde una noche. ¿Ve qué bonito es el brillo de la luna en su pelo?

—Sí, está muy guapa, Hannah. ¿Iba sola por el bosque?

—Sí, y tenía un miedo horrible, por eso su boca no se ríe, ¿ve?

—¿Y por qué tenía tanto miedo?

—Se había perdido. Pero entonces... —Ahora dibujo a mi papá, que sale de detrás de un árbol—. Entonces llega mi papá y la encuentra. Es el mejor momento de la historia. Él está ahí, como salido de la nada, y la rescata. —Corrijo la boca de mi mamá para que ahora ría. La sonrisa me queda muy gruesa, como un gran plátano rojo—. Y se enamoran a primera vista.

Satisfecha, dejo el lápiz rojo junto al papel, en el que acabo de dibujar varios corazoncitos. Un corazón rojo es un símbolo habitual del amor. He dibujado seis corazones rojos, para que haya más amor todavía.

—Caray —se asombra la enfermera Ruth—. Suena casi como en un cuento.

—No. No es ningún cuento, es una historia real. Tal como la explica siempre mi mamá. Si fuera un cuento, primero tendría que decir «Érase una vez». «Érase una vez» es la introducción tradicional para cuentos, mitos y leyendas. Muchas veces le pido que me cuente la historia, sobre todo cuando veo que está triste. Cuando me cuenta esta historia, siempre sonrío y está muy guapa. —Para demostrarlo, señalo la gruesa boca roja de plátano de mamá con el dedo índice.

La enfermera Ruth se inclina un poco más sobre la mesa.

—¿Y qué tiene tu padre en la mano?

—Es un pañuelo con el que enseguida le tapa los ojos porque quiere sorprenderla. No puede saber adónde se la llevará.

—¿Y adónde se la lleva, Hannah?

—Pues a casa —contesto—. A la cabaña.

Lena

«Da gracias.

»Dios te ha bendecido.

»Tienes una casa bonita.

»Tienes una familia.

»Tienes todo lo que siempre habías deseado.»

La voz de mi cabeza solo raspa la superficie. Siento que me arde el estómago, un vacío. El vacío no puede arder. Pero cómo arde este vacío... La mandíbula se me tensa del esfuerzo al intentar abrir la tapa de la lata de cacao con dedos temblorosos. Está atascada. Maldita sea, ha vuelto a atascarse. Siento que el sudor se me acumula bajo la línea de nacimiento del pelo y hace que me escueza la cicatriz de la frente. Sobre la encimera, junto al brik de leche, hay dos tazas preparadas, una roja y una azul, ambas con topos blancos, ambas de melamina irrompible. Los niños tienen que desayunar, y ya. Desayuno a las siete y media. No es tan difícil de entender, ¿no? Los niños necesitan que su día a día siga un horario. Los niños necesitan un desayuno equilibrado.